

¿quién sabe la ventaja que tomaría sobre ella, gracias á esta marcha retrógrada?

La economía política nos dice: Yo no puedo daros pan á todos, porque llegais más á prisa de lo que se necesita para que yo pueda servirlos. Por esta razón, son muchos los llamados, pero pocos los elegidos.

Antes de disculparse con el excesivo número de bocas, es preciso que la economía política pruebe que ha cumplido su deber. Estamos entregados á la muerte; sea en buen hora; pero... ¿no habrá la economía política preparado, solicitado, acelerado nuestra ejecución? Esta miseria que le sirve para paliar sus faltas, ¿no será en parte obra suya? *Is fecit cui prodest*. La economía política tiene interés en hacernos morir, porque la economía política ha mentido.

§ II.—La miseria es hija de la economía política.

Yo no sé todavía lo que es la miseria; pero estoy seguro de una cosa, y es que ANTECEDE á la producción, y que nos acomete ántes de que la esterilidad del trabajo la autorice á ello. Este hecho, tan perfectamente probado como ninguno de los que refiere Malthus, es el único que yo quiero oponer á la teoría de este escritor, y me bastará para destruirla por su base.

En primer lugar, yo distingo en la existencia de la humanidad dos períodos principales: el estado salvaje, esencialmente estacionario, en el cual el hombre, desconociendo el trabajo, vive solamente de los productos naturales del suelo y de la carne cruda de los animales; y la civilización, esencialmente progresiva, en la cual el hombre se hace industrial, transforma la materia y vive del producto de sus manos.

En el primer período, la miseria, es decir, el agotamiento de las provisiones y la falta de objetos de primera necesidad, tiene por causa directa é inmediata la pereza y la inercia general de las facultades del hombre. Como era posible, si no eliminar de pronto, cuando menos aplazar, por medio de un trabajo productivo, esta miseria que nace de la inercia; como llega mucho tiempo ántes de que el hombre se haya apoderado de las fuerzas naturales y le haga dar todo lo que pueden, es claro que esta miseria es *prematura*, que viene ántes de tiempo; por consiguiente, que es anormal. Y supuesto que en el estado salvaje, la apatía del hombre es permanente, hay también permanencia en la antelación, y por lo tanto, en la anomalía de la miseria.

Hé ahí lo que la economía política diría con razón para defenderse, si la acusáramos de ser la causa de la miseria que mata y diezma á los pueblos salvajes. Es posible, replicaría, que un poco más tarde, y á pesar de la energía y la inteligencia de sus esfuerzos, la miseria volviese á apoderarse del hombre civilizado; pero mientras no haya hecho todo lo que depende de él para alejarla, en tanto que, por su trabajo, no haya hecho innecesaria á la Providencia, el hombre no tiene el derecho de acusar á la ciencia, ni siquiera el de proferir una queja. Sufrir una desgracia que es consecuencia de sus propios hechos, y contra ellos protestan la naturaleza y la Providencia. En ménos de un siglo, los europeos de los Estados Unidos crearon más riqueza y bienestar que el que todos los indígenas de ese vasto continente habían recogido durante miles de años; y como la nueva población de los Estados Unidos no cesa de doblar, y dobla todavía cada veinticinco años, se puede decir que esta población, por su actividad prodigiosa, hizo más personas felices, que misera-

bles hizo la barbarie de los indígenas. Los tesoros de riqueza y de felicidad que guardaba la América, valian la pena de que el hombre se apoderase de ellos; y si durante treinta siglos se abstuvo, ni la economía política ni la Providencia son responsables.

Hay, pues, en la miseria humana una parte que no se puede atribuir á la naturaleza sin injusticia, y que, á pesar de la rapidez de las generaciones, proviene exclusivamente de la inercia del hombre.

Se trata de saber ahora si la miseria que se apodera del hombre civilizado, no es tambien, como la del salvaje, necesariamente y siempre prematura; si no es cierto que viene ántes de tiempo, y que tiene por única causa, no la ausencia del trabajo, sino un vicio de organizacion en el trabajo. En este caso, sucederia con el civilizado lo que con el salvaje; su miseria le perteneceria exclusivamente, y no podria acusar á la naturaleza mientras no hubiese hecho todo lo necesario para obligar á la necesidad á que le auxilie: pues si fuese cierto que, así como la miseria del salvaje depende del embrutecimiento de sus facultades, la del civilizado tiene por única causa una falta de orden, podria suceder que en un estado de organizacion perfecta, no sólo la miseria se aplazase de nuevo por cierto tiempo, sino que existiese una virtud específica que restableciese el nivel entre la poblacion y la produccion, sin que la prudencia humana tuviese necesidad de intervenir valiéndose de un artificio cualquiera para restablecer el equilibrio.

Se comprende fácilmente de qué importancia es para la humanidad el exámen de esta hipótesis; pues si llegamos á descubrir que es una verdad, la miseria que proviene de la inercia del hombre y la que reconoce por causa los vicios de la organizacion in-

dustrial, se verian indefinidamente eliminadas, y el problema de nuestro destino, que es el problema del destino del mundo, se presentaria bajo un aspecto diferente.

Ahora bien: este importante exámen lo hemos hecho en esta obra, cuyo segundo título, *Filosofía de la miseria*, recuerda perfectamente su espíritu.

El trabajo, hemos dicho, es el principio de la riqueza, la fuerza que crea, mide y proporciona los valores. Medir y proporcionar, es distribuir; el trabajo lleva, pues, en sí mismo una potencia de equilibrio al mismo tiempo que de fecundidad que, al parecer, debe asegurar al hombre contra todos los peligros que puedan amenazarle.

Para que el trabajo sea eficaz, es necesario que se determine y se defina, es decir, que se organice; pues, como lo hemos observado más de una vez, sólo hay para las cosas una condicion de edificacion y de duracion, como sólo hay para las ideas una condicion de inteligibilidad y de manifestacion, que es la de ser definidas. Interin el trabajo no se define; en tanto que su organizacion no recibe la última mano, es una fuerza vaga y estéril, una idea ininteligible.

¿Cuáles son, pues, los órganos del trabajo? En otros términos; ¿cuáles son las formas por cuyo medio el trabajo humano produce y constituye el valor y destierra la miseria? Nadie ignora hoy que *trabajo* y *miseria* son opuestos entre sí, como lo son el orden y el desorden, la justicia y la espoliacion, la existencia y la nada. Pues bien: estas formas ó categorías del trabajo, de las cuales hemos dado ya la enumeracion á la vez que hicimos su crítica, son: la division del trabajo, las máquinas, la competencia, el monopolio, el Estado ó la centralizacion, el libre-cambio, el crédito, la propiedad y la comunidad. Re-

sultó de nuestro análisis que, si el trabajo posee en sí mismo los medios de crear la riqueza, por el antagonismo que le es propio, estos medios son susceptibles de convertirse en otras tantas causas de miseria; y como la economía política no es más que la afirmación de este antagonismo, es claro que la economía política es la afirmación y la organización del pauperismo. La cuestión, pues, no está en saber de qué modo el trabajo desterrará la miseria primitiva, que desapareció hace ya mucho tiempo, sino en saber de qué modo eliminaremos el pauperismo que resulta del vicio propio del trabajo, ó mejor dicho, de la falsa organización del trabajo y de la economía política.

En el primer momento de la evolución industrial aparece la *division ó separacion de las industrias*. La tierra deja de ser vacía y vaga; se cubre de trabajadores, y por medio de la apropiación se hace fecunda. El trabajo adquiere, por la división, una fecundidad sobrenatural; pero al mismo tiempo, por el modo de efectuar esta división, el trabajo embrutece, el obrero decae rápidamente y sólo produce un valor insuficiente. Después de haber solicitado el consumo por la abundancia de los productos, no puede atender á él por la tenuidad del salario; y en vez de extirpar la miseria, la crea. La división del trabajo obra sobre el ser colectivo, como las industrias nocivas sobre los que las ejercen; proporcionándole la abundancia, lo envenena, y después de haberle convidado á la vida, lo sepulta en la muerte.

Aquí, pues, la miseria es el vicio propio del trabajo. No es la naturaleza ni la Providencia quienes faltan; es la rutina económica que carece de equilibrio; ella es la única á quien debemos acusar, y con tanta más razón, cuanto que no puede demostrar que la contradicción que resulta de la división par-

celaria no puede vencerse por medio de una combinación superior.

La economía política lo comprende así, y por eso se apresura á implorar el auxilio de un nuevo órgano, que son las *máquinas*.

Con el auxilio de las máquinas, unidas á la división, cien mil trabajadores que habitan un cantón de cincuenta leguas cuadradas, producen más que mil millones de salvajes que, no teniendo más que sus uñas para labrar la tierra, sus manos para apoderarse de una presa y sus piés para alcanzarla, necesitarían para subsistir una superficie de terreno diez veces mayor que el globo. Y como el límite de las invenciones industriales no se puede determinar, es seguro que el trabajo tiene en este concepto una fecundidad ilimitada, susceptible, por consiguiente, de acelerarse en un grado desconocido.

Parece, pues, que las máquinas van á reparar el déficit causado por la división y á vencer la miseria; pero no es así. Con las máquinas empieza la distinción de amos y asalariados, de capitalistas y trabajadores. El obrero, á quien la mecánica debería salvar del embrutecimiento á que le había reducido el trabajo parcelario, se sepulta cada vez más en él; con el carácter de hombre, pierde también la libertad y cae en la condición de instrumento. El bienestar aumenta para los jefes, y el mal para los subalternos; la distinción de castas empieza, y una tendencia monstruosa se declara, que consiste en querer prescindir de los hombres, multiplicándolos en cuanto es posible. De este modo se agrava la tortura universal; anunciada ya por la división parcelaria, la miseria entra oficialmente en el mundo, y desde este momento se convierte en alma y nervio de la sociedad.

¿Es, pues, la producción excesiva de hombres la

que causa la miseria, ó será ésta el resultado de una falsa maniobra? El trabajo no falta nunca, supuesto que en todas partes la necesidad de subsistir, por consiguiente, de trabajar, se hace sentir del mismo modo, y que la oferta del trabajo es inferior al pedido. Las subsistencias tampoco faltan, supuesto que en todas partes se quejan de la excesiva abundancia de los productos que bajan de precio por falta de salida, de gente que los compre y dé salarios.

Luego la humanidad, al cubrir su barbarie vagabunda con las formas de la civilización, no hizo más que cambiar la miseria de su inercia por la de sus combinaciones; el hombre perece por la división del trabajo que decupla sus fuerzas y por la mecánica que las centuplica, como en otro tiempo perecia por el sueño y la pereza. La causa primera de sus males está siempre en sí mismo, y es preciso vencer esta causa ántes de gritar contra el destino.

A sus tendencias aristocráticas, la sociedad opone la libertad, la *competencia*. ¿Qué sucede entonces? No lo perdamos de vista; los que tomaron á su cargo el cuidado de instruirnos, son los economistas, los apóstoles de la miseria. La competencia emancipa al trabajador y produce un aumento incalculable de riqueza. Hemos visto, despues de una revolución que tuvo la libertad del trabajo por objeto, la miseria rechazada por toda una generación: prueba de que la miseria producida por las máquinas despues de instituidos el capital y el salariado, no dependia de una causa invencible, como la miseria que engendra la división parcelaria y que la mecánica reprime hasta cierto punto, no tenia tampoco nada de fatal. Cuanto más avanzamos, tanto más la miseria se nos presenta con un carácter de contingencia y de anomalía, con intermitencias y acrecentamientos que prueban, no la inhumanidad de la naturaleza, sino nuestra impericia.

¿Qué es, en efecto, la competencia, considerada desde un punto de vista elevado y en las masas? Es una fuerza completamente metafísica, si así podemos decirlo, por cuyo medio los productos del trabajo disminuyen constantemente de precio, ó lo que es lo mismo, aumentan en cantidad; y como los recursos de la competencia, del mismo modo que los perfeccionamientos mecánicos y las combinaciones distributivas, son infinitos, se puede decir que la potencia productiva de la competencia es ilimitada en intensidad y en extensión.

Una cosa que debe tenerse muy presente, es que por la competencia, la producción de las riquezas aventaja á la de los hombres, lo cual convierte la relación establecida por Malthus entre el progreso de las subsistencias y el de la población, en un contrasentido económico, en una teoría presentada al revés.

Ruego al lector que fije toda su atención en este punto.

Gracias á la competencia, cada productor se vé precisado á producir cada vez más barato, lo cual quiere decir que produce siempre más de lo que el consumidor pide; por consiguiente, que garantiza á la sociedad la subsistencia del día siguiente. ¿Cómo, pues, en semejante sistema, es posible que la suma de las subsistencias sea inferior á las necesidades de la población?

Supongo que dos hombres aislados, sin instrumentos y disputando á los animales su miserable alimento, producen un valor igual á 2: que estos dos infelices cambien de régimen y unan sus fuerzas por la división, por la mecánica que de ella resulta y por la emulación que viene despues. Su producto no será ya como 2, sino como 4, supuesto que cada uno no produce para él sólo, sino para su compañero también. Si el número de trabajadores dobla, la división

se hace más profunda, las máquinas más poderosas, la competencia más activa, y producirán 16: si su número se cuadruplica, producirán 64. Esta multiplicación del producto por la división del trabajo, las máquinas, la competencia, etc., la demostraron cien veces los economistas, y ese es precisamente el lado positivo de su teoría, el punto que todos aceptan, pero que la práctica no podrá presentar nunca tal como la teoría lo expone, mientras la sociedad, por medio de una reforma, no resuelva sus contradicciones.

Luego, si la potencia de reproducción genética de la especie humana se expresa por la progresión 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64, etc., la potencia de reproducción industrial deberá expresarse por la progresión 1, 4, 16, 64, 256, 1024, 4096. Más claro: en una sociedad organizada, *la producción crece como el cuadrado del número de los trabajadores*. Esto nos lo dice la economía política misma; y si Malthus, preocupado con una idea fija (la del aumento de población), lo había olvidado, ¿por qué sus colegas no lo han recordado? Es evidente que la relación de crecimiento determinada por Malthus entre la población y las subsistencias, sólo puede referirse á una sociedad inorgánica, en la cual la industria, es decir, la división, la mecánica, la competencia, el cambio, etc., son absolutamente malas, y la fuerza colectiva no existe; pero nunca á una sociedad organizada que se funda en la separación de las industrias y en el cambio, y en la cual cada persona produce por millones de consumidores, y se vé servida á su vez por millones de productores.

De este modo se debe entender lo que ciertos agrónomos, y con ellos ciertos socialistas, quisieron decir con la frase *cuádruple producto*. No es cierto que un país cuya población y cuyo grado de desarrollo están

dados, pueda producir el duplo, ni el triplo, ni el cuádruple de lo que produce. El producto está necesariamente en razón de la producción, la cual determina á su vez el grado de división, la fuerza de las máquinas, la actividad de la circulación, etc. Pero lo que sí es verdad, lo que la ciencia reconoce y demuestra, es que si el aumento de la producción es doble, el de la población es cuádruple, y así á lo infinito, mientras la sociedad obedezca á las leyes económicas y la superficie del globo lo permita.

Desgraciadamente, el antagonismo de las instituciones económicas no les permite producir todos sus efectos, y de ahí provienen todos los errores del trabajo y las sorpresas de la miseria. Así, pues, la competencia, por su lado positivo y social, tiene por objeto reducir indefinidamente el precio de las cosas, y por consiguiente, aumentar la suma de los valores y poner la producción por delante de la población; pero por su lado negativo y egoísta, la competencia se convierte en pobreza, supuesto que la reducción de precios que implica, sólo es ventajosa para los vencedores, y deja á los vencidos sin trabajo y sin recursos. La competencia, dice la teoría, debe enriquecer á todo el mundo; mas por la imperfección del organismo social, la práctica prueba que allí donde la competencia se hizo general, hay tantos desgraciados como ricos: esto no puede ponerse en duda después de la crítica que hemos hecho.

Lo que debemos acusar aquí, es, pues, el vicio propio de la institución, la insuficiencia de la idea. Queda demostrado ya que esta necesidad de la miseria que acaba de sumergirnos en la mayor consternación, no es absoluta, que es, como dice la escuela, una necesidad de contingencia. Contra todas las probabilidades, la sociedad sufre á consecuencia de aquello mismo que debiera hacerla feliz.

Siempre la miseria es prematura, siempre el pauperismo se anticipa: al revés de lo que le sucede al salvaje, cuya escasez proviene de la inercia, nuestra miseria procede de la acción, y nuestro trabajo aumenta constantemente nuestra indigencia. Que los economistas, ántes de acusar á la necesidad, empiecen por reformar sus rutinas: *Medice, cura teipsum.*

¿Será necesario continuar esta revista, y en este capítulo, que sólo debe expresar una conclusión general, será preciso que haga entrar toda la obra? He presentado á la sociedad buscando, de fórmula en fórmula, de institucion en institucion, este equilibrio que se le escapa, y siempre, á cada tentativa, la hemos visto aumentar en igual proporcion su lujo y su miseria. Una vez en la comunidad, la sociedad se vuelve á encontrar en su punto de partida; la evolucion económica se realizó, y el campo de la investigacion está agotado. El equilibrio no pudo encontrarse, y sólo queda la esperanza de una solucion integral que, sintetizando las teorías, devuelva al trabajo su eficacia, y á cada uno de sus órganos su fuerza. Hasta entónces, el pauperismo permanecerá tan invenciblemente unido al trabajo, como la miseria lo está á la holganza, y todas nuestras repriminaciones contra la Providencia, sólo probarán nuestra imbecilidad.

¡Singular economía la nuestra, en la cual la penuria resulta continuamente de la abundancia, y la prohibicion del trabajo es una consecuencia perpétua de la necesidad de trabajar! Si por un decreto del soberano, quinientos mil parásitos, borrados de repente de la lista de los improductivos, fuesen enviados á los talleres y á los campos, en vez de un aumento de bienestar, tendríamos un aumento de indigencia. Habria, en la clase de los improducti-

vos, quinientas mil personas sin empleo y sin rentas; para la de los empresarios, propietarios y jefes de industria, quinientos mil parroquianos ménos que servir; para la de los trabajadores, tan numerosa ya, y cuyo salario es tan escaso, quinientos mil competidores más. Disminucion de precio en la mano de obra, aumento en la masa de los productos, y restriccion del mercado: para el proletariado, progreso de abstinencia y de servidumbre; para la propiedad, progreso de lujo y de orgullo: tales serian las consecuencias de una reforma que la razon indica como una medida de salud pública. Seríamos más pobres, precisamente, porque nos habríamos hecho más ricos, y veríamos á los economistas, que no comprenden nada de su embolismo, acusar la imprudencia de los matrimonios, la inoportunidad de los amores, ¿qué sé yo? hasta la desenvoltura de los esposos.

En vano los hechos se presentan, se acumulan y gritan por todas partes contra la economía política; parece que los escritores que los refieren, los desarrollan y los comentan, tienen ojos para no ver, oídos para no oír é inteligencia para disimular la verdad. La propiedad, la usura, el impuesto, la competencia, las máquinas, la division parcelaria, rechazan la poblacion ántes de que abunde: el economista, ocupándose exclusivamente de averiguar lo que le sucederia á un millon de hombres que sólo tuviese para subsistir la racion de quinientos mil, no se pregunta por qué quinientos mil no pueden vivir con lo que bastaria para un millon. En tiempo de Juan el Bueno, la Francia tenia doce millones de habitantes; en tiempo de Luis XIV, diez y seis; en tiempo de Luis XVI, veinticinco; hoy tiene treinta y cuatro millones. Sabido es que en todas estas épocas hubo pobres, una inmensa cantidad de pobres: